

27ª SESIÓN ORDINARIA DEL 10 DE SEPTIEMBRE DE 1901

PRESIDENCIA DEL SEÑOR MARIANO DE VEDIA

SUMARIO:—Asuntos entrados.—Proyecto de ley y de decreto de los miembros de la comisión de legislación reformando por el primero el artículo 1.º de la ley número 3721 y por el 2.º disponiendo que los miembros de las comisiones permanentes de la cámara conserven sus funciones durante dos sesiones anuales.—Integración de la comisión de negocios constitucionales.—Continúa la consideración del dictamen de la comisión militar en los proyectos sobre organización del ejército.

DIPUTADOS PRESENTES

Alfonso, Argañaraz, Argerich, Astrada, Avellaneda (M. M.), Balaguer, Balestra, Barraquero, Barroetaveña, Belderrain, Benedit, Bertrés, Berrondo, Billordo, Bollini, Bouquet Roldán, Calderón, Cantón, Capdevila, Carlés, Carrasco, Carreras, Carreño, Castellanos (J.), Centeno, Claros, Coronado, Cullen, Dantas, Demaria, Echegaray, Ezquer, Falcón, Ferrari, Gálvez, García, Garzón, Godoy (E.), Godoy (M. E.), Gómez (C. F.), Gouchon, Helguera, Hernández, Iriondo (M.), Iriondo (U.), Lacasa, Lacavera, Laferrère, Lagos, Lartigau, Lassaga, Leguizamón, Leiva, Loureyro, Loveyra, Machado, Martínez, Moreno, Olivera, Olmos, Outes, Palacio, Panelo, Parera (F. M.), Peña, Quintana, Reyna, Robert, Roberts, Romero, Rosas, Ruiz, Sulas, Sánchez, Santa Coloma, Santamarina, Serna, Silva, Soldati, Tissera, Torino, Torres, Ugarriza, Ugarte, Vedia, Videla, Vivanco (P.), Vivanco (R.), Yofre, Zavalla.

AUSENTES CON LICENCIA *

Bermejo, Ferreyra, Luro, Usandivaras, Varela Ortiz.

CON AVISO

Barraza, Bores, Bruchmann, Carbo, Casares, Morel, Parera (R.), Pérez, Sarmiento, Villanueva.

SIN AVISO

Avellaneda (F. F.), Castellanos (A.), Fonrouge, Gigena, Gómez (M.), Rivas, Seguí.

—En Buenos Aires, á 10 de septiembre de 1901, reunidos en su sala de sesiones los señores diputados arriba anotados.

el señor presidente declara abierta la sesión, siendo las 4 p. m.

ACTA

—Se lee y aprueba la de la sesión anterior.

ASUNTOS ENTRADOS

COMUNICACIONES OFICIALES

—El señor diputado Joaquín V. González comunica que ha aceptado el cargo de ministro secretario de estado en el departamento del interior.—(Al archivo.)

COMISIÓN DE NEGOCIOS CONSTITUCIONALES

Sr. Machado—Pido la palabra.

Con motivo de la vacante que queda en la comisión de negocios constitucionales, por razón de haber cesado de ser diputado el señor González, hago moción para que se autorice á la presidencia á integrarla. Sabemos que ella tiene asuntos muy importantes, entre otros los proyectos sobre reformas á la ley electoral, que reclaman una relativa urgencia.

—Apoyado.

Sr. Presidente—Habiendo asentimiento, la presidencia integrará la co-

—Se vota si se acepta la renuncia del señor diputado Balaguer y resulta afirmativa.

ORDEN DEL DIA

ORGANIZACIÓN DEL EJÉRCITO

Sr. Presidente—Se pasará á la orden del día.

Sr. Gacón—Pido la palabra.

Es señor con el único objeto de fundar mi voto en este debate.

No había sido mi intención usar de ella; pero el rumbo que él ha tomado me obliga á hacer esta ligera exposición, que ha de oír la cámara, con el fin único de que se vea por qué es que yo vengo á fundar mi voto y plantear el problema, que á mi juicio, aun no se ha planteado, y que si lo hubiese sido, como se hace con una ecuación cualquiera, que se plantea y se resuelve en seguida fácilmente, no me habría visto obligado á molestar á mis honorables colegas. Yo esperé que desde el principio de este debate, los técnicos en la materia plantearan la cuestión; pero á la manera como se plantean las ecuaciones matemáticas, en que un profesor escribe en la pizarra la ecuación y llama á uno de los alumnos: éste cambia signos, reduce los quebrados á un común denominador, quita los exponentes, suprime cantidades iguales en cada uno de los miembros de la ecuación y luego escribe $x = b$, quedando despejada la incognita. Así es como yo entendía que los problemas militares se debían plantear. Pero las personas técnicas que ocupan un asiento en esta cámara, nos han hecho una exposición de hechos históricos puramente, para demostrarnos; los unos que el mejor sistema es el de los voluntarios y enganchados, sistema al que no soy opuesto, ni miro mal á los veteranos que toman servicio en los cuerpos del ejército; los otros, para demostrar que el mejor sistema es el del servicio obligatorio, la conscripción.

Pero si á un hecho histórico se opone otro, entonces quedamos en la misma situación en que estábamos antes.

Yo creo que la cuestión se ha debido plantear diciéndonos cuál de los dos sistemas es el mejor, cuál es el que conviene á nuestro país, y no cuál es el que conviene á Inglaterra, Suiza, Estados Unidos, que no tienen nada de común con nosotros, ni por los vecinos que los rodean, ni por su posición geográfica.

Yo podría citar como una prueba de lo que vale la guardia nacional en muchos casos, el batallón «Barcala», de que habla Sarmiento, compuesto de los cívicos de Córdoba. (*Risas y aplausos.*)

Ese batallón, señor presidente, que recorrió triunfante, diremos, toda la República, porque donde quiera que fué con su jefe á la cabeza, allí no hubo quien lo hiciera retroceder; siempre y siempre obtuvo victorias! Pero era porque su jefe había sabido imponerse á los soldados, les había inspirado el espíritu que á él le animaba y les había hecho abrazar la causa que él abrazaba. Por eso lo seguían á todas partes. Si no hubiese sido así, si el coronel Barcala no hubiese sabido inspirar á sus soldados ese espíritu de que él estaba animado, lo habrían abandonado y habrían dado vuelta cara, sin dejar por eso de ser soldados valientes; y capaces de toda clase de sacrificios.

Pero, señor presidente, sigamos todavía en la historia y recordemos que el año 53 fué sitiada esta capital por tropas de las provincias, entre las cuales venía un batallón de Córdoba á las órdenes del coronel Ortiz. ¿Y acaso ese batallón desdijo nunca de su valor en los campos de batalla, no obstante verse obligado á combatir contra hermanos argentinos? No, señor presidente. Ese batallón tomó una trinchera, y se asegura que hubiera tomado la plaza á no existir otro general cordobés que la defendiese! (*Risas y aplausos.*)

El general Paz defendía la plaza y tenía muchos jefes beneméritos y valientes bajo sus órdenes, porque cuando se trata de argentinos, todos son valientes, todos tienen valor para dar y prestar, como se dice vulgarmente.

Pero recuerdo este hecho, que se lo he oído referir al señor canónigo Juan Martín Llanos, de la ciudad de Córdoba, que fué contemporáneo mío en el colegio y muy amigo, y sobrino del general Paz.

Me decía que el general Paz se llenó de gusto cuando supo que los cordobeses habían tomado una trinchera, y como se manifestasen algo resentidos algunos jefes de la plaza, él les dijo: ¿Y cómo quieren que no me alegre, cuando esos bravos soldados son los que he tenido ocasión de mandar un día? Ahora van á ver cómo voy á dar mis disposiciones y los vamos á desalojar.

¿Pero quién los desalojaba? El gene-

ral Paz, que daba las órdenes. (*Risas y aplausos.*)

Pero, señor presidente, llegamos á la batalla de las Playas. Allí el general Paunero, á quien quizá no hay un diputado que no haya conocido, llevaba cuatro mil hombres para desalojar las fuerzas del general Peñaloza, á quien se le llamaba también con el sobrenombre de El Chacho; pero que no por eso dejaba de ser (ya los tiempos han pasado, digamos la verdad) un buen hombre, y si alguien duda pregúnteselo al general Arredondo, testigo que merece fé. (*Muy bien!*)

El general Paunero marchó en la madrugada del 28 de junio del año 63 para batir al Chacho, que ocupaba ya el camino que va de Córdoba á San Roque y se había establecido en el paraje que se llama Las Playas. Estaba ya el Chacho con su línea formada de naciente á poniente sobre ese camino. El centro de esa línea estaba defendido por tres batallones de cívcos de Córdoba. Allí no había ningún oficial de línea, allí no había más que oficiales de guardia nacional, á quienes idolatraban esos cívcos y por quienes se habían hecho matar cien veces, como sucedió después.

A izquierda de esta fuerza, que daba junto frente sud, estaban las caballerías á las órdenes del coronel Ontiveros, de la guardia nacional de Córdoba, y á su derecha estaban las caballerías del coronel Puebla, parte de las cuales eran de La Rioja y otra parte reclutada en la campaña de Córdoba.

El general Paunero tenía, como antes indiqué, cuatro mil hombres próximamente. El centro de su línea de batalla lo ocupaba la infantería. La derecha la componía el regimiento primero de caballería de línea, á las órdenes del coronel Sandes; seguía á su izquierda un batallón de infantería, compuesto de dos compañías del sexto de línea y dos de rifleros de San Juan, á las órdenes, si mal no recuerdo, del mayor Quirno, que después fué general y que hoy no existe. A la izquierda seguía otro batallón, que creo, lo mandaba el comandante Julio Campos, compuesto de dos compañías de infantería del primero de línea y dos de guardias nacionales de los departamentos de Río Primero y Río Cuarto, provincia de Córdoba; más á la derecha el batallón Morillo, que después se llamó Córdoba Libre, compuesto de puros cívcos, guardias nacionales de Córdoba; aun más á la derecha seguía el regimien-

to de caballería de guardias nacionales del Tío, mandado por el coronel Luis Alvarez; y por último cerraba la extrema derecha el regimiento siete, compuesto de cordobeses, á las órdenes del coronel Manuel Baigorria. En medio de estos dos regimientos de caballería iba un batallón de infantería de guardias nacionales, á las órdenes del comandante Ayala, después teniente general, hoy fallecido. Las reservas las formaban el 2º de caballería á las órdenes del comandante Villar, que más tarde fué asesinado en Bell Ville, y algunos cuerpos de guardias nacionales de Córdoba; toda la reserva estaba á las órdenes del jefe del 2º.

En ese orden avanza el general Paunero; pero como su marcha la hacía en una línea oblicua á la de batalla de su enemigo, cuando se aproximó un poco menos de tiro de cañón, mandó un cambio de frente sobre su derecha, y entonces avanzó el centro y la izquierda, quedando las líneas perfectamente paralelas.

En este punto avanzaron las columnas del general Paunero, pues todos los cuerpos mencionadas formaban en ese orden. El coronel Sandes se llevó todo por delante, todo lo deshizo; llegó al camino antes mencionado, dobló á la derecha se fué á la ciudad de Córdoba. Y el coronel Alvarez dió cuenta de las tropas que mandaba Puebla; pero no sucedió así en el centro, donde estaban las infanterías de Córdoba (*Risas y aplausos*). Allí, señor presidente, se peleó como saben pelear los leones cuando defienden sus guaridas; allí, señor presidente, esos cívcos de Córdoba pelearon é hicieron volver cara al batallón del mayor Quirno y lo hicieron desbandar. Fué preciso que saliera fuera de la línea de fuego y que su bravo comandante y sus oficiales le hiciesen volver al combate después de reformarlo.

El batallón que seguía á su izquierda hace alto y no se atreve á seguir adelante, mientras que el que mandaba Morillo, compuesto de cívcos de Córdoba, avanzan resueltamente y despliega frente á la línea enemiga á tiro de pistola, favoreciendo la reunión de los otros, que pudieron rehacerse y que fueron y desplegaron frente á esos 850 soldados, que mandaban jefes de guardias nacionales, como Palacios, Gigena y otros que no recuerdo; esos valientes soportaron el choque de tropas superiores, y de ellos murieron 305, que

al otro día contamos con el general Paunero y con el coronel Olascoaga, que era su jefe de estado mayor, cuando fuimos con el señor ingeniero Felix Rovolá levantar el plano de la batalla de las Plazas, en cuyo trabajo tuve el honor de acompañar á dicho general. Allí pudimos notar que sólo los bravos de los tiempos antiguos podían haber sostenido un choque semejante. Esos valientes cayeron, pero no empañaron sus nombres retrocediendo delante de sus enemigos.

Yo preguntaría al señor diputado por Buenos Aires si en un choque entre cuerpos de línea es posible que haya el número de bajas que se produjeron allí, puesto que de 850 hombres quedaron 315 muertos y más de 200 heridos,

Aquella fuerza nunca volvió atrás: soportó firme el choque de los cuerpos que los envestían de frente, del batallón del comandante Ayala, que los tomó de revés, y del 7.º de caballería, que los flanqueó y destrozó con sus sables, quedando victoriosos, porque debían quedar y porque eran el mayor número y porque también iba allí un batallón de cordobeses á las órdenes del comandante Ayala y otro á las del comandante Morillo. (*Risas y aplausos.*)

Pero, señor presidente,—y tengo que pedir á mis honorables colegas que sean benignos conmigo: si ayer he oído con toda calma lo que se ha dicho de los cordobeses como soldados de la guardia nacional, es justo que se me oiga también lo que yo he visto cuando ha tenido jefes á quienes idolatraban y que han sabido inspirarle el espíritu que los animaba. Y yo preguntaría: ¿acaso no hay aquí algunos jefes que hayan estado en el Paraguay? Yo sé que los hay ocupando una banca en esta cámara; y ellos podrán decirnos si lo que hizo en la toma del Boquerón el regimiento de Córdoba á las órdenes del coronel Cesario Domínguez no fué una obra de romanos. ¿No es verdad que pelearon como pelean los más bravos del mundo? Pues cuando venía una bala de cañón y abría una brecha, inmediatamente las filas se cerraban y seguían avanzando como si estuviesen en una revista ó en una parada. Eso me lo ha dicho el coronel Domínguez, después general, y el hijo de él, don Benjamín Domínguez, que era capitán en ese regimiento. El comandante Olmedo, cordobés también, era segundo jefe de ese cuerpo.

Ahora bien: estos hechos demuestran la consistencia de la guardia nacional

de mi provincia, tan valiente como la de los demás pueblos argentinos.

Pero ¿qué importancia tiene un hecho como el que se ha referido del año 1874, ocurrido en Córdoba?

¿En primer lugar, el señor diputado por Buenos Aires, que hoy es un jefe caracterizado y que puede juzgar con criterio seguro los hechos, según él nos ha dicho, era un alférez que recién salía del colegio, era como aquel que sale del aula de matemáticas, toma un teodolito y comete cien errores (*Risas.*) ¿Por qué los comete? Porque no ha practicado jamás con un ingeniero que le dijera primero, corrija su instrumento y conozca el error para que lo descuente. Después quítele el error de colimación, porque todo instrumento puede tener ese error.

Pero el señor diputado, un joven que por primera vez recibía un galón, salía, como él dijo, con todos los humos que tienen los mariscales. (*Risas.*) No sabía entonces cuantos secretos tienen las cuestiones políticas; hay muchas cosas que no se ven claramente, y yo le digo al señor diputado que puede preguntarle al señor José Díaz Rodríguez, secretario actual de la universidad, que estaba muy cerca de allí—ahora sé que el señor diputado por Buenos Aires es el oficial que estaba allí cerca del señor Rodríguez;—cuando dió la orden de que los que no tubieran ballonetá en sus fusiles subieran á las ásiteas, y si entonces el joven alférez hubiese tenido la experiencia y perspicacia que hoy tiene, habría notado que los soldados se miraban, y en sus rostros se dibujaba una sonrisa, con la que querían decir: Este oficial no sabe que desde ayer sabemos que la plaza se va á entregar. (*Risas y Aplausos.*)

Fué por eso, señor, que los soldados no le obedecieron; pero si esos soldados no hubiesen tenido la conciencia de que la plaza se iba á entregar, ya les habría visto el aire marcial que tomaban (*Risas*) y cómo sabían chocar contra los cuerpos de línea.

Pero, además de esto, ahí está el manifiesto que publicó el coronel Carlos Paz, á quien se ha referido el señor diputado. En él habla muy bien del valor de los soldados que estaban en las trincheras y dice de cómo él fué recibido en la plaza y de las causas que motivaron la rendición. Estas causas, en Córdoba, cualquiera las dice al oído, pero yo las callo: la historia juzgará.

Ahora, este argumento para mí es de

gran importancia en la cuestión de que nos ocupamos.

El señor diputado por la provincia de Buenos Aires nos ha dicho que instruyó una compañía durante dos meses; que esa compañía se desplegaba al frente, por mitades, daba flanco derecho, flanco izquierdo, que, en fin, maniobraba admirablemente. Pero él, que no había todavía practicado bastante tiempo con oficiales hechos, no sabía cómo el oficial debe imponerse al soldado. El soldado de guardia nacional es capaz de ir hasta el fin del mundo si el oficial ha sabido imponérsele. ¿Qué extraño era que sucediese esto, si el señor diputado nos ha dicho que era muy joven, que por primera vez se presentaba á instruir la tropa, creyendo tal vez que era lo mismo que instruir las compañías de cadetes en Palermo? Pero si esos soldados hubiesen tenido fe en el joven alférez como la tengo yo ahora en el señor coronel Falcón, diputado por Buenos Aires, esté seguro que habrían chocado contra esa caballería, como han chocado otras veces, y la han sabido rechazar.

Es sabido, señor presidente, que en la guerra una de las causas principales que deciden las batallas y que enardecen al soldado, es que éste idolatre al jefe, que tenga plena confianza en él, que sepa que morirá y no cederá; pero si tiene duda, entonces viene el sálvese quien pueda.

El señor diputado cuando vió esas cosas no percibía su verdadero mérito y no se daba cuenta de ellas; era un alférez demasiado joven; pero ahora que es coronel de la nación, ilustrado, que ha leído la historia de las guerras de cada país, sabe muy bien el hecho de Waterloo.

Cuando la guardia joven, compuesta de cuatro regimientos, era rechazada por sesenta mil prusianos que se le vinieron encima, la guardia vieja no podía contener el desbande é iba á ser envuelta, cuando se presentó el emperador, se paró sobre una granada que acababa de caer, estalló la granada, el caballo murió; pero el emperador quedó parado sobre el caballo muerto, y dijo: soldados de la guardia, ¡las granadas de los prusianos no matan á nadie!

Y entonces, ¿qué sucedió? Fué como una chispa eléctrica que todo lo enciende, que todo lo conmueve. Los soldados se organizaron por sí solos, gritaron ¡viva el emperador! y á bayonetazos arro-

jaron á los prusianos del punto del que habían sido desalojados.

¿Por qué? Porque idolatraban al emperador, porque le tenían ciega fe, porque sabían que donde él estaba la victoria los había de acompañar.

Entonces, pues, señor presidente, lo que tenemos que buscar es...

Sr. Cantón—Un Napoleón! (*Risas.*)

Sr. Garzón—Lo que tenemos que buscar no es un Napoleón, porque esos no salen todos los días, nació uno en el siglo XVII y murió en el año veintinueve del siglo XVIII, ¡pero quién sabe si en este siglo vuelve á nacer otro!

Así es que no puedo tener la pretensión de que busquemos un Napoleón, pero sí jefes y oficiales como los que tiene el ejército argentino, ilustrados, y que saben infundir valor á la tropa, que le infundirán el espíritu de patriotismo que á ellos anima. Eso es lo que yo deseo, y en eso están de acuerdo todos los técnicos, si queremos tener buena tropa, sea de línea, sea de guardia nacional.

Pero este argumento, hecho por el señor diputado por Buenos Aires para defender el proyecto de la mayoría, me parece que prueba lo contrario; y si hemos de ser lógicos, porque la lógica se adquiere estudiando en los colegios nacionales y en las universidades, hay necesidad de que se establezcan las cosas como son y que se deduzcan sus consecuencias.

Nos ha dicho que en dos meses de instrucción no pudo organizar una compañía capaz de hacer frente al enemigo. El proyecto de la mayoría de la comisión propone tres meses. Quiere decir que siendo poco dos, y siendo bastante tres, en seis meses han de salir mucho mejor instruidos esos ciudadanos de la guardia nacional.

Entonces, en esa parte el proyecto del poder ejecutivo es mejor que el de la mayoría de la comisión.

Pero no es éste únicamente el problema que yo quiero que nos resuelvan los técnicos, no es únicamente saber cómo se instruirá mejor la guardia nacional, porque en eso no puede haber dos opiniones: es mejor que estén seis meses bajo banderas á que estén tres.

La cuestión es ésta, y sobre esa faz de ella consiste el problema que voy á plantear y con el que voy á fundar mi voto en favor del proyecto de la minoría de la comisión, que es el del poder ejecutivo. Vamos á suponer que ha desaparecido todo el ejército de línea, que han quedado solamente los

jefes y oficiales, y se trata de saber qué es mejor: para formar el ejército de la República y sus reservas, si tomar un número *a* de enganchados ó un número *b* de conscriptos.

Las opiniones se dividen por mitad, de manera que quedan perfectamente iguales: generales, coroneles, tenientes coroneles, mayores y demás.

Entonces yo digo, para formar mi criterio, viendo estas divergencias de opiniones, voy á entregar un número cualquiera de enganchados ó voluntarios, que le llamaremos quince mil, los que deberán servir por un tiempo dado: serán dos años, serán cuatro, seis años, en fin, tomaremos un término cualquiera; van á servir como minimum cuatro años y una vez terminados, irán renovándose, á medida que pidan su baja. Supongamos que á los cuatro años, pidan su baja 7500 hombres. Muy bien; salen 7500 soldados, buenos, bien formados, que han estado cuatro años bajo banderas, debiendo observar que el soldado en el primer año aprende todo lo que tiene que aprender, en el segundo año practica y se perfecciona en sus conocimientos, en el tercer año, ejecuta todo lo que ha aprendido y poco tiene que aumentar á sus conocimientos y, según la opinión de algunos jefes, y de un general francés, en el cuarto año se hace perezoso.

Pero quitemos estos términos de la ecuación, que pueden modificar el resultado, para despejar la incógnita. A los cuatro años se han renovado 7500 hombres, que se van ¿á dónde? ¿A formar las reservas? No, porque fueron contratados, han terminado honradamente su contrato y se van á trabajar ó se disuelven en la guardia nacional. Pero voy á suponer que vuelvan con buena voluntad á ser clases de la guardia nacional; tendríamos 7500 clases buenas para la guardia nacional y á los cuatro años después otra cantidad igual. Entonces ya tenemos 15000 hombres para la guardia nacional, que pueden servir de clases y que son buenos, porque han estado cuatro años bajo banderas.

Tomemos el período de diez años. En los dos años siguientes salen 3750 más, de los que han quedado del primer y segundo enganche. Tomo 3750 para tomar los números completos de cuatro en cuatro años. Entonces se tiene que son 18750 hombres que están diluidos en la guardia nacional y prontos á servir de clases. En todos estos soldados ó clases, no supongo que se inutilice nin-

guno, como haré lo mismo con los conscriptos, de suerte que cualquier inconveniente que se ponga á esta existencia, se pondrá oportunamente á los otros, y viceversa. Tenemos, pues, 18750 soldados listos, más 15000 efectivos, vienen á ser 33750 hombres bien preparados para la guerra, que podrán invadir ó defenderse sin inconveniente, porque son soldados hechos. Entonces $X = 33750$, fuera de la instrucción de la guardia nacional, porque eso lo vamos á dejar para luego. Hago notar que cualquier inconveniente que se ponga á la instrucción y movilización de los conscriptos y sus reservas, son aplicables lo mismo á los soldados de que me he ocupado.

Ahora, vamos al proyecto del poder ejecutivo. A los otros jefes y oficiales se les ha dado 15000 conscriptos que se van á renovar por mitad cada dos años; entonces, en el primer tiempo sólo vienen á servir 7500 un año y salen esos 7500 soldados, pero no á diluirse en la guardia nacional, sino como reservas efectivas, que en tiempo de guerra son reservas reales, son ciudadanos que por la ley están obligados á formar en la reserva, y si se quiere que pasen á la guardia nacional, serán 7500 clases; no serán tan preparados como los otros, pero, al fin, son clases. Hay una pequeña diferencia, que va á quedar compensada y que he debido eliminar por tratarse de despejar la incógnita.

Bien, señor presidente: el segundo año salen otros 7500 hombres después de dos años de estar bajo banderas. Esos son soldados perfectamente hechos, iguales á los otros porque han recibido instrucción de jefes; iguales en preparación, en patriotismo y, en fin, en las demás condiciones que deben llenar los jefes y oficiales. Y siguiendo este orden, en diez años habrán 75000 soldados perfectamente instruidos; y si han entrado en calidad de clases, en la guardia nacional, siempre serán los mismos 7500 más 15000, efectivos en los cuerpos, son 90000; luego $Z = 90000$. Pero, como 90000 es casi tres veces más que 33750, Z es casi tres veces mayor que X , me quedo con Z mientras que los técnicos no demuestren lo contrario, y así me resuelvo á votar por el proyecto del poder ejecutivo.

Respecto de la guardia nacional, esos quedan siempre instruyéndose, con esta diferencia: de que según el proyecto del poder ejecutivo son seis meses de instrucción, seis meses bajo banderas; lo

que permitirá que se aprenda más, que haya más disciplina que en tres meses; y si hemos de estar á opiniones caracterizadas que sostienen que en un año se hacen los soldados, esto quiere decir que serán medios soldados, pero mucho menos incompletos en este caso que en el otro.

Bien, señor presidente: creo que por este concepto he fundado mi voto y hecho conocer de mis honorables colegas cuál es la causa que me decide á votar en favor del proyecto del poder ejecutivo, salvo, como he dicho antes, que se me demuestre lo contrario; especialmente que se pruebe que los inconvenientes de la conscripción no los tiene el voluntariado.

Pero se ha dicho también que este proyecto es inconstitucional. Sobre eso, señor presidente, hay maestros en esta cámara, ¿y qué puedo decir yo? ¿Qué voy yo á hablar sobre el derecho constitucional cuando apenas tengo nociones para guiar mis actos como diputado y como ciudadano?

Pero, señor presidente, á mí se me ocurre pensar esto: si el ejército de la constitución es el ejército de línea y sólo es permitido formarlo de enganchados, el día que no haya enganchados ó voluntarios, ¿de qué se forma este ejército? Porque el supuesto es probable de que llegue un día en que pagándose tan buenos sueldos á los hombres que trabajan en la agricultura, en la ganadería, en las fábricas, resulte que no le baste al gobierno 40 pesos mensuales para pagar sus soldados ni le baste 100 ó 200 pesos de prima, para evitar que esos hombres se dediquen á otra cosa.

Ese día, según la constitución, no hay ejército. Eso repugna á mi criterio de hombre serio y de hombre honrado.

Yo creo que todos los argentinos están obligados á armarse en la forma que determinen las leyes del Congreso, y que debe formarse el ejército de línea, ya de voluntarios, ya de enganchados, ya de conscriptos, según lo determinen las leyes que dicte el Congreso, y que esas leyes sean iguales para todos.

Pero hay un argumento, en el que me ha llamado la atención no se haya fijado el señor diputado por Corrientes, señor Sánchez, al hacer su brillantísima exposición, porque tal ha sido, señor presidente, que me he preocupado en buscar antecedentes para saber cómo debía votar, bajo el punto de vista

constitucional. Me encontraba en duda y no sabía cómo resolverla cuando el señor diputado por Córdoba, mi colega y amigo el señor Machado, me alcanzó un apunte que tomo y leo; dice así: «Artículo 17 de la constitución de Corrientes. Mientras el congreso nacional no dicte la ley de enrolamiento para los ejércitos y marina de guerra de la nación, ningún reclutamiento podrá hacerse en la provincia, ni sacarse hombres contra su voluntad para el servicio de las armas ni aun por medidas policiales.»

Me parece que la constitución de Corrientes no puede ser más clara y categórica; ¡y qué firmas lleva al pie esa constitución! Lleva la del doctor Torrent, que ha dejado de existir siendo miembro de la Suprema Corte; lleva la de Luciano Torrent; lleva la del doctor Desiderio Rosas, actualmente diputado; lleva las de Calderón, Lagraña...

Sr. Balestra—Esa no es la constitución vigente.

Sr. Machado—Pero de todas maneras es la interpretación que dió la convención constituyente del año 64 á los principios de la constitución del 53.

Es la interpretación auténtica, porque sus miembros eran los mismos que formaron parte de la convención del 53.

Sr. Balestra—Así será; pero no es la constitución vigente.

Sr. Machado—Pero es la doctrina.

Sr. Presidente—Sírvanse no interrumpir los señores diputados. Tiene la palabra el señor diputado por Córdoba.

Sr. Garzón—Iba á hacer el comentario: de que esos hombres eminentes cuando dictaron este artículo era porque entendían que se ajustaba á la constitución nacional, á la constitución del año 53, que en esta parte no ha sido reformada, y como muy bien ha dicho el señor diputado por Córdoba, esa es la doctrina constitucional. Esta es la ley fundamental de la provincia de Corrientes.

Sobre antecedentes de cómo se entiende la constitución en los Estados Unidos del norte, muy bien lo hacía notar ayer en anteaílas, el señor diputado por la capital, doctor Quintana, maestro en la ciencia constitucional: cuando Lincoln pidió tropas á uno de los estados, y el gobernador le contestó que no se las podía dar, porque la constitución no lo autorizaba á hacer la guerra á los estados, el presidente Lincoln, que no puede ser sospechoso en este caso, intervino ese estado, puso al gobernador en

la calle, movilizó las tropas y marcharon ellas á combatir á los sudistas que iban á deshacer la nacionalidad norteamericana. Y yo digo, señor presidente, inspirándome en ese ejemplo, si mañana viese que, á causa de la constitución, se iba á perder la patria, y sólo se pudiera salvar haciendo una hoguera para inmolarme, yo quemaría en ella primero la constitución, en seguida á mí mismo, y dejaría que los demás vivieran y dictáran una constitución que autorice á defender la patria! (*Muy bien! Aplausos.*)

He dicho.

Sr. Godoy (E).—Pido la palabra.

Deseo dejar constancia en breves y sencillas palabras de mi actitud en este debate, que á tanta altura han llevado los distinguidos miembros de esta cámara que con tanto talento como erudición me han precedido en la palabra.

Pero necesito, señor presidente, para mi tesis, hacer una ligerísima reseña de nuestra actualidad militar. La tomaré desde el año 95, en cuya época no existía más ley que la de organización de nuestro pequeño ejército permanente de diez mil hombres aproximadamente, que todos los señores diputados han conocido: el ejército llamado de la constitución y del presupuesto.

Nuestro país entonces descansaba á la sombra de ese pequeño ejército tan aguerrido, tan sobrio, tan leal, de ese ejército que bastaba para llenar todas las necesidades de nuestra vida doméstica, que cubría la frontera contra los indios y eran tropas de residencia en los territorios nacionales para fomentar su población. De nuestras fronteras exteriores no nos preocupábamos, descansando en la fe de los tratados, y jamás pensamos hasta entonces que pudieran ser alteradas nuestras relaciones con ningún país.

Pero empezaron á sentirse ruidos en alguna de las naciones vecinas con quienes teníamos cuestiones de límites, y el patriotismo argentino se alarmó y pidió en todos los tonos, aunque sin impacencias, que se preocuparan los poderes públicos de la nación de organizar nuestras tropas. De allí nacieron los proyectos de organización militar presentados en esta cámara el año 95: uno por el señor diputado por Córdoba, doctor Pizarro, y el otro por el que tiene el honor de hablar.

El del señor diputado Pizarro establecía el servicio obligatorio para el ejér-

cito permanente; el otro el voluntariado para el ejército permanente y la instrucción obligatoria para la guardia nacional. La comisión dió preferencia al segundo, y traído á esta cámara se levantaron las voces de los constitucionalistas más eximios, y la del poder ejecutivo, por intermedio de los ministros de la guerra y hacienda, tachando el proyecto de inconstitucional y hasta de atentatorio para las libertades públicas. Ahí están los debates de aquella época, que muchos de los diputados presentes han de recordar. El proyecto fué vuelto á comisión, de donde no debía salir. El mismo señor diputado que acaba de antecederme en la palabra, recogiendo los ecos de la opinión conmovida con ese rechazo, pidió que fuera traído á la cámara para ser nuevamente tratado. Así se hizo.

Los constitucionalistas, ante la eminencia de las preocupaciones nacionales, acallaron su propia conciencia y dejaron pasar esta ley, que es la que lleva el número 3318. En la discusión de esa ley, bueno es recordarlo á título de información y para que se vea hasta dónde estaba arraigada la opinión de los constitucionalistas en esta materia sucedió lo siguiente:

El señor ministro de la guerra, desde su banca, decía á la cámara: que estaba conforme con la ley que modificaba la organización del ejército permanente, y que, como he dicho, se debía componer de voluntarios; pero en cuanto á la segunda parte, á la instrucción obligatoria de la guardia nacional, decía: «Pero en lo que no puedo estar de acuerdo es en lo referente á la movilización de la guardia nacional, á los efectos de la instrucción. Yo soy decidido opositor á ello; todos los miembros del poder ejecutivo lo son á esa forma de movilización, porque manifestamente creemos que esta parte es inconstitucional, que ataca atribuciones conferidas á los gobiernos de los estados por el artículo 67 de la constitución.»

Fué tan firme el poder ejecutivo en su oposición á que se tocara la guardia nacional, siquiera para darle la instrucción de que carecía, que la cámara, pronunciándose de una manera clara, terminantemente, dió su voto al proyecto contra la opinión del poder ejecutivo. Esa sanción ocasionó la dimisión de aquel ministro.

Tocóle, señor presidente, al ingeniero Villanueva y á nuestro digno colega el general Capdevila, dar ejecución á

aquella ley: al señor Villanueva como ministro, al general Capdevila como jefe de estado mayor, y justo es declararlo, que cada uno, en su especial competencia, hicieron bien al ejército, hicieron bien al país.

Se produjo entonces una verdadera reacción militar; el ejército de línea mejoró en todos sus resortes, sus plazas fueron llenadas, sus caballos y sus elementos de guerra fueron mejores; y la guardia nacional, señor presidente, esa guardia nacional tan vinculada á todas nuestras glorias, ante el solo amago por lejano que fuera del peligro, concurrió á los puntos de reunión para los ejercicios doctrinales. Era punto de honor para los argentinos en aquella época vestir el uniforme de la guardia nacional, y nuestras damas tejían y bordaban los estandartes que debían enarbolar si la contienda se hubiera producido. *(Muy bien!)*

Llegó la época de la primera conscripción, y los conscriptos de veinte años que debían instruirse en los campamentos con arreglo á lo dispuesto por la ley, concurrieron, señor presidente, sin estorsión de autoridad, en número de 28.000 á los campamentos. Muchos de los señores diputados que hayan visto el campamento de Curumalal, en la provincia de Buenos Aires, el de Villa Mercedes, en San Luis; el de Luján, en Mendoza; el de San Lorenzo, en Salta; el del Río Dulce en Santiago del Estero, y no recuerdo cuáles otros, habrán visto con qué entusiasmo, con qué buena disposición se presentaban nuestros jóvenes conscriptos á recibir las lecciones de sus oficiales técnicos y á aprender el manejo de las armas y el servicio de campaña.

Pero, desgraciadamente, por razones de nuestro carácter, la armonía que reinaba entre aquel ministro tan eficiente y aquel jefe de estado mayor tan competente, se rompió, y el país vió con pena la separación del segundo. Reemplazólo un distinguidísimo general de nuestro ejército que siguió la obra; pero más tarde produjo también, por causas que ignoro, la renuncia del ministro y del último jefe del estado mayor. Fué entonces nombrado un noble soldado, uno de los militares más bizarros de nuestro ejército, el teniente general Levalle, que me hizo el honor de llevarme al puesto que ocupara el señor general Capdevila. Nuestra tarea consistía en continuar la obra benéfica de la reacción empezada, y tanto el se-

ñor ministro como el que habla pusieron todo su empeño, todas sus facultades en aquel propósito; pero la nación había hecho tales esfuerzos para completar sus armamentos y para comprar las naves de guerra con que había que reforzar la escuadra nacional, que quizá el erario había quedado tan debilitado que el ministro ni siquiera podía disponer de las partidas del presupuesto para los gastos ordinarios del ejército: los cumplidos no se reponían porque las oficinas de enganche habían agotado sus fondos; los habilitados de los cuerpos no reenganchaban tampoco por la misma causa; la remonta caballar no se hacía, ningún gasto, por más urgente que fuera, podía satisfacerse, á tal punto que la manutención de las tropas era pagada con los bonos creados para la extinción de la langosta.

Fué entonces, en esa desesperante situación, que el gobierno pidió á su jefe de estado mayor que buscara un medio, un arbitrio para conjurar tan grave situación en momentos precisamente que las preocupaciones de conflictos internacionales se mantenían insistentemente.

Voy á permitirme leer los párrafos de una nota que pasé en esas circunstancias, como corroboración de las palabras que acabo de pronunciar.

«Al señor ministro de la guerra.

»Durante el año que acaba de transcurrir, fué imposible resolver todas aquellas cuestiones que, relacionadas con la organización y el sostenimiento del ejército, imponían al erario gastos más ó menos considerables que no fué dado abonar aun cuando por su naturaleza eran de urgente solución. Esas dificultades económicas han puesto al ejército en las condiciones expresadas en los cuadros adjuntos respecto al personal que le atribuye el presupuesto general y al ganado que se requiere para su servicio regular.

»Por lo que respecta al reclutamiento las oficinas encargadas de verificarlo en la República no pueden atenderlo porque, faltas de dinero, se ven obligados á no aceptar contrato alguno, cuya primera cuota no tienen con que abonar.

»En el ministerio de hacienda se encuentran hace meses, sin despacharse, un pedido por 100.000 pesos, decretado por vuestra excelencia, para enganche.

«Esta suma á la fecha debe triplicarse, no sólo para la incorporación de nuevas altas sino también para satisfacer cuotas vencidas y que el superior gobierno está obligado á pagar. Ya que la úni-

ca forma de llenar los cuadros del ejército es el enganche, se hace indispensable, señor ministro, disponer de los fondos necesarios para atender este servicio, cuyo retardo nos llevaría á la desorganización de los cuerpos ó á la disolución de algunos de ellos. En la planilla á que antes hago referencia, podrá vucencia ver que de no reponerse las bajas que se producen, tendríamos á fines del año actual reducidos: el regimiento 1.º de artillería á 59 plazas; el 2.º á 89; el 5.º á 84; y el primer batallón del regimiento 11 de infantería á 78.

«En lo referente á elementos de movilidad, bastará significar á vucencia que falta para el completo 3143 caballos y que la división de los Andes, donde existen cuatro regimientos de caballería, sólo cuenta con 298 caballos en buen estado, siendo el resto de los que figuran en el cuadro adjunto inútiles ó potros. A todos los cuerpos de artillería les faltan caballos, sin los cuales no se puede ni se debe contar con la acción indispensable de arma tan importanté.»

Bien, señor presidente: ese pedido no pudo ser atendido, y ví con angustia que la disolución del ejército tenía fatalmente que producirse si el gobierno no encontraba medios para salir de estos apuros, ó si los que estaban al frente de la dirección militar no arbitraban algún medio para conjurar el mal. Fué entonces que de los consejos de gobierno, á los que fui llamado, nació la idea del servicio obligatorio por un año en el ejército de línea, idea á que di forma en la nota que se ha traído á este debate, acaso con el poco piadoso intento de hacerme aparecer como reo del delito de inconsecuencia conmigo mismo, porque he firmado el proyecto de la mayoría de la comisión.

Señor presidente: aquellos que no han afrontado la responsabilidad de las horas supremas, fácilmente pueden criticar la actitud de los que se encontraron en aquella situación; pero yo afronto sin sonrojos la posición que se me crea, y declaro, desde este banca, que como hombre, como militar y como funcionario, cumplí con mi deber entonces, poniendo mi firma á aquella nota, como creo haberlo cumplido hoy al ponerla al pie del proyecto de la mayoría de la comisión. (*Muy bien! Aplausos.*)

Pero es, señor presidente, que todas las leyes que habíamos dictado hasta entonces, todos los decretos que había dado el poder ejecutivo, venían siéndolo bajo el imperio de circunstancias excep-

cionales y especialísimas. Nadie había intentado hasta ahora dar una ley normal para la organización del ejército, ni se había pensado siquiera en ello.

Y bien, señor presidente: esa nota misma del servicio obligatorio, que la tengo en este folleto, y de la cual me voy á permitir leer algunos párrafos, no fué aceptada, porque, á pesar de que el gobierno la convirtió en proyecto de ley, fué desechado el propósito por altos consejos de personalidades altamente colocadas en la política, por considerarse que repugnaba al precepto de la constitución y repugnaba á la opinión nacional.

Sr. Martínez — Podríamos pasar á cuarto intermedio.

Sr. Presidente — Invito á la cámara á pasar á cuarto intermedio.

—Así se hace.

—Vueltos al recinto los señores diputados, continúa la sesión.

Sr. Godoy (E) — Bien, señor presidente: la dirección militar de aquella época á que me he referido, en los principios del año 1898, en medio de sus contrariedades, por falta de recursos, tenía ya organizado y ubicado estratégicamente todo el ejército de la nación en grandes unidades orgánicas que se extendían del norte al sur de la República, todos bajo el comando de generales experimentados.

La división del Neuquén, señor presidente, con su comandante en jefe, el general Rudecindo Roca, ocupaba desde el lago Nahuel Huapi hasta las nacientes del Neuquén. La división de Cuyo, con el general Fotheringham á su cabeza, guarnecía las fronteras del Oeste, desde el paso del Tinguiririca hasta los boquetes que dan acceso hacia el lado de Copiapó. La división del centro, con el general Palacios á su frente, tenía una brigada en Río 4.º y otra en Villa Mercedes, y á la vez que era división de refuerzo para la primera línea, era foco de concentración para la guardia nacional de las provincias del centro. La división del litoral, con el general Winter, á la cabeza, lista para concurrir á la primera orden, era foco de concentración de las provincias del litoral. La división de Salta, con el general Cerri á su frente, á la vez que custodiaba las fronteras del norte, era foco de concentración de las provincias de Salta y Jujuy. Y, finalmente, la división de la capital, comandada por el

coronel Smith, daba los servicios de guarnición en esta importante metrópoli y era también foco de concentración para la guardia nacional de la capital y de la provincia de Buenos Aires.

Ningún regimiento del ejército de línea estaba fuera de estas grandes unidades, que se hallaban complementadas en todos sus servicios, ó en casi todos de los que podíamos disponer en la República, y listas para entrar en campaña á la primera orden, vale decir, que se ocupaban sólo y exclusivamente en la instrucción táctica y en el desempeño de campaña.

Bien podían, pues, venir á esa escuela de instrucción los conscriptos de la República, por que allí habrían aprendido lo que es necesario que sepa el soldado: manejar el arma y aprender á bastarse á sí mismo.

Pero, señor presidente, los recursos faltaron, la opinión pública se había tranquilizado porque los ruidos de armas á que antes me he referido habían cesado, y entonces las divisiones se-dislocaron, no ya bajo mi dirección como jefe del estado mayor. Los regimientos fueron repartidos en toda la extensión de la República: unos, en esa estéril y fatigosa campaña del Chaco, en donde todo se aprende menos la instrucción militar; otros, en los territorios lejanos, en donde se hace el servicio honroso por cierto para el ejército permanente, servicio de colono soldados, en que, á la vez que se fomenta la población se persiguen á los bandidos que los asolan, pero no se hace la instrucción militar. En la misma guarnición de la capital, la instrucción militar es nula: aprenderá el conscripto á montar la guardia del arsenal y la guardia de palacio; aprenderá en todo caso el servicio de guarnición, que no es bastante, pero no aprenderá el servicio de campaña que es el necesario.

El espíritu público y la prensa diaria implacable cuando se trata de los que gobiernan, se habían pronunciado, señor presidente, con gran tenacidad en sus críticas, porque no se les daba cuarteles al ejército, porque no se proveía de caballos á los cuerpos montados, porque no se llenaban las plazas de los claros que habían dejado los cumplidos. Y yo, señor presidente, sobre cuya cabeza pesaba responsabilidad tan grande y que tenía, acaso, por obsesión, la intuición del peligro de la guerra, no tuve la serenidad bastante para afrontar la responsabilidad

de la situación en tales condiciones; y, fué, entonces, que dirigiéndome al ilustre teniente general Roca, que no era Presidente de la República, pero que sí era el señalado por la opinión y por el país para conducir los ejércitos á la guerra, por medio de una carta en que le manifestaba la situación angustiosa que pasaba en mi puesto de sacrificio y de patriotismo, recibí esta contestación, que me permitirá leer á la honorable cámara.

«Jesús María: He recibido y he leído con interés sus cartas, lo mismo que las copias. Todas las observaciones que hace son exactísimas y de suma urgencia reparar las dificultades que ha notado.

«No trepidamos en gastar millones en la langosta y en semillas y en otras cosas inútiles, que no son urgentes, y nos falta resolución para dotar á nuestro ejército de aquellos elementos de absoluta é indispensable necesidad.

«Insista é insista en sus pedidos y reclamamos, que si hay un peligro, no será con los ranqueles ni con los indios de Namuncurá con quienes tendremos que habérnosla. Pero, haya ó no haya peligro, el ejército, en todo tiempo, para ser fuerte, eficaz y sólido escudo de la nación, debe estar como una máquina, lista para funcionar, sin que le falte un solo tornillo, á la primera señal. Caro han pagado los pueblos que han dejado enmohecer sus armas. Recibiré siempre con gusto sus noticias.» *Julio A. Roca.*

En esta situación, decía, señor presidente, vime en el caso de resignar mi puesto de jefe del estado mayor, y lo hice en estos términos, que si los cito, es porque vienen á corroborar mis palabras sobre la actitud que me correspondía asumir.

«Con el debido respetosolicito de vuestra excelencia mi relevo de jefe del estado mayor general del ejército, con que fui honrado por decreto gubernativo de mayo último.

«Al abandonar el honroso puesto, al cual he consagrado todas mis facultades y energías, debo decir á vuestra excelencia que lo hago profundamente convencido de que mi permanencia en él no es ya eficiente ni eficaz á los progresos de la institución armada, desde que mis iniciativas no responden ni satisfacen, tal vez, los designios de la superioridad.

«Sírvasse vuestra excelencia, en consecuencia recavar del señor Presidente de la República, el decreto de mi exoneración, etc.»

Fuí reemplazado ventajosamente, señor presidente, por el distinguido director de los arsenales de guerra en aquella época, el actual ministro de la guerra señor coronel Riccheri, que ocupa su butaca en estos momentos.

Sr. Ministro de la guerra—Muchas gracias!

Sr. Godoy (E.)—Pero las angustias del tesoro debieron continuar cuando el poder ejecutivo se dirigió al Congreso recavando la sanción de la ley á que me he referido, del servicio obligatorio por doce meses.

Pero ese proyecto del servicio obligatorio es de tal manera atenuado, que bien se ve que era una exigencia del momento, una ley de transición, una ley de necesidad. Véanse algunos de los párrafos de la nota: «Sin recurrir al servicio obligatorio que se halla establecido en las naciones que tienen grandes problemas internacionales que resolver y para lo cual están obligadas á vivir en alarma perpetua, pienso que nosotros podríamos resolver la remonta del ejército obteniendo del honorable Congreso una ley por la cual se obligue á los ciudadanos que en el año anterior al del llamamiento hayan cumplido veinte años, á prestar doce meses de servicio militar efectivo, con derecho á poner personero de su misma clase y condiciones en tiempo de paz.»

Yo sé muy bien que el personero está reputado en todas partes del mundo como la peor medida militar; pero veo ahora que si esa ley la hubiéramos dado entonces, como si la diéramos hoy, haciendo el servicio obligatorio personal sin excepción alguna, la ley habría sido burlada, ó habríamos visto á nuestros jóvenes conscriptos de la juventud dorada ir á prestar los servicios de policía en la frontera, que no instruyen, no edifican ni ennoblecen.

Desgraciadamente para el país el superior gobierno creyó mas conveniente y más útil enviar al distinguido jefe del estado mayor á Europa á efectuar las importantes compras de complementos de nuestros armamentos, y esa repartición tan importante, como que en ella se concentran y condensan todos los resortes del ejército, desde el comando á la técnica, desde la instrucción á la administración, esa repartición quedó en acefalía. Si bien quedó á su frente un distinguidísimo jefe del ejército, no tenía más facultades ni atribuciones que las que se refieren al mero trámite. No puede extrañarse, pues,

que desde entonces se iniciara la decadencia del ejército, decadencia que todos los señores diputados la han sentido; decadencia que todos los militares, con ojo experimentado en estas cosas, miraban con pena y entristecimiento: Los cuerpos montados, sin caballos, porque se los habían quitado por economía y las unidades casi deshechas; por falta de soldados; pero llegaron los conscriptos á llenar los claros dejados por los veteranos, y entonces pudimos contemplar, con mayor pena aún, desfilar por nuestras calles batallones de tan escaso valor militar, como que eran compuestos de reclutas recientemente incorporados á sus filas; los sargentos, los cabos y los soldados veteranos habían desaparecido de los cuerpos, aun aquellos mismos que querían continuar en ellos. Y es por eso, señor presidente, que nuestros regimientos perdieron, como lo decía recién, su vigor y su valor militar. No es que piense que los conscriptos no sean buenos, porque yo sé muy bien que es de ellos de quienes se hacen los nobles veteranos. Pero es necesario, señor presidente, que tengan esa base, ese marco, por decirlo así, compuesto de soldados veteranos que les enseñen y que les den el ejemplo de su abnegación y de su experiencia.

Dos años largos duró esta acefalía y día por día, el ejército desmerecía en organización y en instrucción. En esta cámara se han escuchado informes que lo comprueban plenamente.

Ninguna iniciativa se promovía mientras tanto, porque el distinguidísimo oficial, jefe titular del estado mayor, en cuya competencia y en cuyo talento tenía fe el país, debía formular los proyectos que nos había prometido al regresar al viejo mundo. Aun los proyectos que el señor ministro de la guerra, teniente general Campos redactó, esperaron el regreso del señor jefe de estado mayor para resolverse si debían venir á esta casa.

Pero al fin llegó el señor jefe del estado mayor, para pasar ya á ocupar la cartera de guerra, á la cual, con tanto acierto, había sido destinado por el señor Presidente de la República; é inmediatamente de su llegada, señor presidente, todos los jefes, desde la más alta graduación hasta la más baja, el que habla, entre ellos, se apresuraron á ir á saludar al nuevo ministro, á ofrecerle el débil apoyo que pudiéramos prestarle, y toda la adhesión patriótica

de que eramos capaces. (*¡Muy bien!*). Yo mismo he departido amistosamente con el distinguido ministro, desde el día siguiente de su llegada, y lo impuse de la desastrosa situación militar por qué atravesamos. Le pedí que presentara los proyectos de reorganización que las circunstancias exigían, para levantar al ejército de la República, porque bueno es que lo declare: yo he tenido y tengo todavía la intuición de peligros que estarán más ó menos cercanos, pero que creo que los hemos de afrontar al fin. (*¡Muy bien!*)

En los consejos de la comisión de guerra de esta cámara, donde repetidas veces se invitó al señor ministro de la guerra, los miembros que la componen le pedimos, personal y colectivamente, con anheloso empeño, que nos presentara sus proyectos, y todos le ofrecimos nuestro apoyo, nuestra adhesión.

Pero los proyectos no venían, hasta que una vez, si yo no lo recuerdo mal, en una de las reuniones, el señor ministro nos declaró que creía necesario reformar la constitución para dar forma á su pensamiento sobre organización militar. Puede rectificarme el señor ministro.

Sr. Ministro de la guerra—No recuerdo, señor diputado, haber hecho esa afirmación.

Sr. Godoy (E.)—Perfectamente: la levanto.

Sr. Ministro de la guerra—Permítame, señor diputado...

Aun en caso que yo la hubiera hecho, y no de una manera precisa, como indica el señor diputado...

Sr. Godoy (E.)—He dicho: que creía.

Sr. Ministro de la guerra—...podría muy bien haber pasado lo que tenía que pasar con un proyecto de esta naturaleza, que afecta los más graves y sagrados intereses del país; y entonces era perfectamente natural que el Presidente de la República y el ministro de la guerra se diesen el tiempo necesario, como lo dije oportunamente en esta honorable cámara, para estudiarlo de manera que estuviese encuadrado dentro de la constitución; en cuyo momento declararé también que no convenía precipitarse en asuntos de esta naturaleza; que era indispensable no ser impaciente, porque había muchas dificultades que estudiar y entre otras algunas de orden constitucional. (*¡Muy bien!*)

Sr. Godoy (E.)—Quedo plenamente conforme con la rectificación que en

forma categórica acaba de hacer el señor ministro.

El período parlamentario se acercaba á su terminación y los proyectos no venían. Fué entonces que nos pusimos de acuerdo con mi honorable colega de comisión, señor general Capdevila, para confeccionar uno y traerlo á la discusión. El proyecto de la mayoría es el que formuló el señor general Capdevila solo, y el que yo firmé por haberme hecho el honor de pedirme que pusiera mi firma al lado de la suya. Lo firmé con toda entereza, porque lo creo bueno y porque lo creí salvador, dada la desorganización en que se encontraba la institución militar y porque estaba profundamente persuadido del fracaso que había tenido la conscripción en el ejército de línea, que yo mismo proyecté; fracaso absoluto, como el señor ministro nos declaró en el seno de esta cámara, á punto de que le habían faltado hasta el cincuenta por ciento de los conscriptos.

Sr. Ministro de la guerra—En las provincias, señor diputado.

Sr. Godoy (E.)—Y que según mis informes, en la última conscripción le ha faltado el ochenta.

Sr. Ministro de la guerra—Y algunas veces más en algunas provincias; pero en la capital de la República, que está bajo la acción del gobierno federal, no ha faltado más que el diecisiete por ciento.

Sr. Godoy (E.)—Pero viene al fin el proyecto del poder ejecutivo y la comisión se apresura á estudiar el uno y el otro, y obtiene la mayoría de los votos el proyecto del señor general Capdevila.

Después de esta reseña que he hecho de nuestra actualidad militar, voy á permitirme entrar en materia, para juzgar de mi punto de vista profesional uno y otro proyecto.

Yo no repugno el servicio obligatorio como sistema, como principio. No, señor presidente; sé muy bien que ese sistema es el que ha colocado á las potencias militares del viejo mundo á la cabeza de todas las demás naciones; pero sí sostengo que no es aplicable á nuestro país, ni por las instituciones que lo rigen ni por la extensión inmensa del territorio en que está derramada nuestra población. Me pronuncio por la instrucción obligatoria, porque la creo bastante para nuestras necesidades.

Estos dos proyectos, que parecen tan fundamentalmente opuestos, son, á mi

juicio, idénticos en el propósito, puesto que el uno y el otro tienden á la instrucción militar de los argentinos que han de tomar las armas para defender la integridad nacional cuando el caso llegue. Y si la República Argentina no ha de aspirar á ser una potencia militar, declaro con toda la honradez de que soy capaz, que no es necesario el proyecto del poder ejecutivo que militariza á los hombres de 20 á 28 años y que acarreará perturbaciones muy grandes en la vida civil.

Si nosotros aspiráramos á ser una potencia militar para resolver ciertos problemas, entonces yo sin vacilación daría mi voto al proyecto del poder ejecutivo, quitándole de sus disposiciones algunos párrafos que restringen la acción del mismo poder ejecutivo, para que tuviera toda libertad de acción á fin de que esos problemas fueran resueltos con entera seguridad; pero si sólo hemos de precavernos para atender á la defensa nacional, creo que es suficiente la instrucción obligatoria que tan buenas y tan palpables pruebas de eficacia ha dado en las últimas conscripciones que hemos tenido y de las cuales han salido 80.000 ciudadanos instruidos para la guardia nacional.

Además, señor presidente, esta ley de la instrucción obligatoria, el país la conoce y la tolera. No ha repugnado á los ciudadanos asistir á los campamentos de la conscripción; pero sí les ha repugnado ir á engrosar las filas del ejército de línea, esparcido, como he dicho, en todos los ámbitos de la República, sin cuarteles, sin escuela de instrucción.

Aquella ley, la 3318, no fracasó; muy por el contrario. Esa otra ley, la 3686, del 89, esa sí fracasó.

Lo principal, la médula por decirlo así del proyecto de la minoría de la comisión, señor presidente, es evidentemente, lo que se refiere á las reservas. Y yo creo poder demostrar á la cámara que esas reservas son ficticias, que quedarán solamente en el papel. Porque, si realmente las reservas fueran efectivas, yo reconocería la bondad del proyecto; pero no lo son, no lo pueden ser, porque no hay capacidad en la República para mantener ese sistema y asegurar la concurrencia de los reservistas como el proyecto del poder ejecutivo nos lo da á entender.

Voy á demostrarlo.

Doscientos cincuenta mil jóvenes de

veinte á veintiocho años, por lo menos, quedarán esparcidos en los tres millones de kilómetros cuadrados de que consta próximamente la República.

Y, yo digo, señor presidente: en este país de una extensión tal de territorio, con una población tan extendida, en donde faltan caminos, en donde faltan vías de comunicación, no sé cómo va á hacer el poder ejecutivo para ir a las reservas el día que las llame.

Y yo he de dar datos muy interesantes sobre cómo se hace en las naciones de Europa, en la Francia misma, de donde se ha sacado ese proyecto, para reunir esas reservas, que realmente son la base interesante del proyecto.

En la Europa militar, en donde se tienen un sistema análogo, está poblado, está cuajado, por decirlo así, el territorio que compone cada una de esas naciones, de circunscripciones militares de reclutamiento, para hacer efectiva la concurrencia de los reservistas. Y voy á dar el dato á la cámara para que pueda darse cuenta de lo que costaría, en dinero, en oficiales y en soldados á nuestro país, hacer efectivo el proyecto del poder ejecutivo.

La Francia, tiene 18 regiones de cuerpos de ejército, que guarnece 114 ciudades y pueblos, que son focos de concentración, y además tiene esparcidas en su territorio 153 subdivisiones de reclutamiento; es decir, 267 oficinas de reclutamiento para sus reservas.

La Alemania tiene 19 regiones de cuerpos de ejército, con 288 circunscripciones de reclutamiento, cada una de las cuales está á su vez subdividida en 2 á 6 secciones de campaña con el mismo fin, con lo que alcanza, tomando un término medio de 3 oficinas de campaña para cada circunscripción á 800 y tantas oficinas de reclutamiento.

La Bélgica, señor presidente, que tiene 30.000 kilómetros cuadrados de territorio, tiene cuatro grandes regiones militares con 38 distritos y 275 cantones de reclutamiento.

Es que allí, señor presidente, al reservista se le sigue con la vista, se sabe en dónde está todos los días del año, se sabe adonde se va, se le cita hasta personalmente el día de la movilización y se le encamina al punto de situación de su regimiento ó al punto de concentración de la movilización.

Y yo pregunto á todos los señores diputados que conocen nuestro país, la expansión de nuestra población, la extensión de su territorio, la educación de

nuestras masas, ¿si es posible citarlos y concentrarlos, sin poner 1500 ó 2000 oficinas de reclutamiento, para hacer efectiva la reserva que el señor ministro nos propone?

¿Acaso cree el poder ejecutivo que bastará poner avisos en los diarios y colocar edictos en las esquinas para que nuestros paisanos, que pueblan nuestro inmenso territorio, concurren al llamado?

No, señor presidente, porque aquí como allí, son rehacios á concurrir al ejército permanente; y para que la cámara se aperciba, le daré este dato: la Alemania militar tiene todos los años al rededor de 45000 jóvenes de veinte años que emigran para salvarse de la conscripción. (*Aplausos.*)

Voy á terminar, señor presidente, pidiendo á mis honorables colegas que abandonen el proyecto de la minoría, y que presten su voto al proyecto de la mayoría, porque realiza los mismos propósitos sin perturbación para la clase más vigorosa de nuestro pueblo, es decir, para los hombres de veinte á veintiocho años. El proyecto de la mayoría satisface aquel propósito, y tendremos hombres con tres meses de instrucción: en los campamentos, con una dirección eficaz y competente, hombres preparados para encuadrarlos en el ejército de línea y para defender la integridad nacional si llegara el caso.

O no se conoce el país, señor presidente, ó temerariamente se quiere afrontar un proyecto que de antemano sabemos que ha de fracasar inmediatamente de ponerse en práctica; las reservas, que son la médula, lo repito, del proyecto, no existen sino en el papel y yo espero que algunos de los señores diputados de la minoría de la comisión pudieran probarme que estoy en error.

He dicho. (*Prolongados aplausos en la barra.*)

Sr. Barroetaveña—Siendo la hora avanzada podría levantarse la sesión.

Sr. Capdevila—Yo rogaría al señor diputado que retirara su moción. Faltan muy pocos días para terminar las sesiones ordinarias, y es conveniente concluir de una vez con este asunto.

Sr. Presidente—La sesión podrá continuar; pero la barra será desalojada inmediatamente, si repite sus manifestaciones.

¿Retira el señor diputado su indicación?

Sr. Barroetaveña—Sí, señor.

Sr. Cantón—Pido la palabra.

Me parece notar en el espíritu de la honorable cámara, que ya le pasa algo semejante á lo que yo siento en mi espíritu, y creyendo adivinar ese estado de ánimo, es que voy á permitirme hacer una indicación, que podrá empezar á hacerse práctica en la sesión próxima, ya que en ésta la hora es algo avanzada.

A fin de que no se interprete el móvil de mis palabras en un sentido distinto al que realmente tienen, séame permitido decir dos de justicia y de elogio á los distinguidos oradores que han hecho el placer, no tan sólo de la honorable cámara sino también de la barra y del país, con las alocuciones brillantísimas producidas en este recinto. Mi aplauso va dirigido no tan sólo á los miembros de la mayoría de la comisión, hombres técnicos y especialistas, quienes tendrán la satisfacción íntima del cumplimiento del deber, sino á los *amateurs*, á esos distinguidos abogados, médicos é ingenieros, que también saben corregir el teodolito, quienes, tratándose de cuestiones arduas y ajenas á sus especialidades, han dado una prueba más de lo que pueden los cerebros argentinos cuando se ponen con decisión, energía y virilidad al servicio de una causa levantada, porque siempre los propósitos de la defensa nacional son levantados, grandes y patrióticos. (*¡Muy bien!*)

Pero si los discursos, señor presidente, han sido brillantes, pareceme que la lógica no ha marchado paralelamente, con esas admirables producciones oratorias que nos han deleitado en las sesiones anteriores y en la presente; y digo que la lógica no ha marchado paralelamente, porque en este debate observo que sucede algo que no estamos acostumbrados á observar otras veces. Cuando han venido al debate cuestiones de naturaleza constitucional, las hemos visto tratadas brillantemente por los hombres de la especialidad, por los abogados, especialmente por los constitucionalistas, que tanto abundan en este recinto. Cuando han venido cuestiones relativas á obras públicas, ha sido á los ingenieros á quienes se ha dejado la palabra y los demás hemos guardado un silencio ecuaníme y respetuoso para formar nuestro criterio. Cuando han venido cuestiones médicas, entonces hemos sido los galenos los que nos hemos lanzado á la arena del debate, pidiendo para nuestra palabra la autoridad que da la consagración de largos años á estudios

científicos. Hoy se trata de cuestiones vitales para el país, pero no menos técnicas que las cuestiones de derecho, de medicina y de ingeniería, y los militares son entonces, á mi entender, los que están llamados á hacernos escuchar ahora su palabra, no diré elocuente,—elocuente es siempre—pero sí la palabra autorizada, la palabra del hombre de guerra.

Hemos oído todos con íntima satisfacción las exposiciones hechas por los miembros de la mayoría de la comisión y de algunos otros diputados que, si no forman parte de ella, han demostrado su preparación en la materia; pero para todos los diputados que se encuentran en mi caso, es decir, sin una opinión hecha, para los que hemos venido á oír y á aprender, á determinar nuestro criterio

y á ilustrar nuestro voto, creo que ha llegado el momento de que el poder ejecutivo, con persona técnica, tan llena de saber, talento y preparación, nos haga oír las razones fundamentales de su proyecto, para que, como digo, podamos decidir nuestro voto.

Hago moción en ese sentido y podríamos empezar la sesión próxima con el informe del señor ministro de la guerra, y levantar la presente por ser la hora avanzada.

Sr. Presidente—¿El señor diputado hace moción para levantar la sesión?

Sr. Cantón—Sí, señor.

—Apoyada la moción se vota y es aprobada; levantándose en consecuencia, siendo las 6 y 30 p. m.